

HOMENAJE A ÁNGEL F. ROJAS, ALICIA YÁNEZ COSSÍO Y CARLOS JOAQUÍN CÓRDOVA MALO¹

Alicia Ortega

Como docentes, antologadores y lectores, no cesamos de manipular textos y palabras en un juego que convoca a la memoria, al deseo y al olvido. En nuestra inmensa y laberíntica biblioteca hay múltiples libros: unos circulan bajo el impacto de modas académicas, otros conmueven nuestros sueños y deseos más íntimos en una lectura de ocio y autorreconocimiento, y hay libros que se imponen con fuerza irreverente en épocas de transición y de rupturas. Quiero volver sobre aquellos textos fundacionales que inauguraron saberes y que, por tanto, nos constituyen al dotarnos de sensibilidades y lenguajes nuevos desde donde mirar y comprender el mundo, nuestro mundo.

Nos situamos en esta Biblioteca Académica para rendir homenaje a tres reconocidos y destacados escritores ecuatorianos, cuyas obras abrieron camino para nuevas formas del conocimientos y de escritura. Identificar nombres y obras que constituyen nuestro horizonte de lectura y de ejercicio profesional, es tarea primordial en el afán de reconocer nuestro legado de cultura. Por tanto, nuestra lectura será un ensayo de memoria, celebración y gratitud.

Ángel F. Rojas es precursor de una lectura crítica que valoró la literatura no como excedente de la realidad social, sino que supo ubicar al texto literario en un espacio constituido por la interacción de las relaciones sociales, las instituciones culturales y las formas de la subjetividad en la experiencia humana. Alicia Yáñez Cossío asume la problemática de la mujer en una escritura que devela el proceso de construcción femenina, en el que la memoria, el mundo de vida cotidiano y los espacios desempeñan un papel fundamental.

1. Texto leído en la Universidad Andina, el día 24 de abril de 2001, en el acto de homenaje a Carlos Joaquín Córdova Malo, Ángel F. Rojas y Alicia Yáñez Cossío, al ser designados profesores honorarios del Área de Letras.

Carlos Joaquín Córdova Malo, como lingüista y lexicógrafo, sabe dejarse seducir por las palabras en un ejercicio de atención a toda palabra leída o escuchada. El idioma crece porque así lo deciden sus hablantes, de allí que las palabras registradas y valoradas por nuestro lingüista no puedan divorciarse del conjunto de la práctica social y cultural.

En esta tarea emprendida sé que camino con certezas y no arriesgo mis pasos como le sucede al narrador del cuento «Sobre fachas, fechas y fichas»,² de Ángel F. Rojas. Andrés Peña, en una carta escrita a Rojas, se lamenta de no poder ordenar con tranquilidad su archivo de escritores ecuatorianos contemporáneos. Se habría especulado sobre su trabajo con la peor intención, pues aquellos que no constan en las fichas biobibliográficas habrían levantado una campaña de hostigamiento y persecución contra el crítico: su biblioteca corre el peligro de ser asaltada y sus ficheros son objeto de una verdadera conspiración que les hace temerosos y temibles. «Me basta [dice el narrador] con preparar con escrupulosidad y la mayor objetividad una información en lo posible fidedigna sobre la vida literaria de los escritores prontuariados. [...] Soy severo en aquello de abrir nuevos ficheros. Lo hago solamente cuando en mi opinión un escritor [...] realiza una obra que trascienda. [...] Pues mi registro no es ni debe ser un mero catálogo bibliográfico. El escritor que figura en el controvertido fichero mío es porque tiene su capitalito». Pues bien, instituir en la biblioteca nuevos archivos y ficheros es, ciertamente, labor controvertida. Sin embargo, Rojas sabe que es tarea imposible divorciar al escritor de su dimensión humana y que toda crítica, como todo trabajo intelectual, es una suerte de autobiografía que nos implica profundamente.

La novela ecuatoriana,³ texto publicado por primera vez en 1948 por el Fondo de Cultura Económica de México, en su colección Tierra Firme, es un esfuerzo pionero de una investigación de la historia de la novela ecuatoriana. La obra contiene una síntesis interpretativa de la historia política y de la vida social en el Ecuador entre 1830 y 1945. La literatura aparece en Rojas como hecho profundamente enraizado en la vida intelectual, cultural y política de la época que la produce. En el texto mencionado, Rojas afirma de entrada que «Los escritores de esta parte de América, como de ninguna otra quizá, rara vez han escatimado la intervención activa en la política nacional y, por lo mismo, las obras de ficción del Ecuador son una forma de esta actitud. El conocido apotegma de que la literatura es la traducción de un estado político y social, sentido por ellos más que deliberado, está presente en lo más representativo de sus producciones novelescas».⁴

2. Ángel F. Rojas, «Sobre fachas, fechas y fichas» en *Cultura, Revista del Banco Central del Ecuador*, (Quito), 28 (1992).

3. Ángel F. Rojas, *La novela ecuatoriana*, México, FCE, 1948.

4. *Ibíd.*, p. 11.

La cultura es asumida, por Rojas, como proyecto político urgente y la literatura como metáfora de la vida social. De allí que la literatura valorada por Rojas no pueda separarse de la historia política de su país, ni de su sociología. Así como los escritores son asumidos en su plena dimensión humana y dentro de la vida política nacional. La literatura, entonces, como *huella*, como fuente de conocimiento al descubrir a sus lectores fragmentos de una realidad oculta, *documento humano* que proporciona no solo una visión de los problemas sociales de una época, sino que posibilita nuestro reconocimiento.

«En el Ecuador, los hombres que descuellan en el terreno intelectual, tienen que servir a sus contemporáneos en el campo al que fueren llamados. Son una especie de médicos de pueblo». ⁵ Si es así, ¿qué cura la literatura? Ella restituye nuestra memoria y nos constituye, puesto que todo sujeto está marcado no solamente por la experiencia, sino también por una realidad imaginaria y simbólica. Con esta reflexión quiero también detenerme en la novela *El éxodo de Yangana*, ⁶ considerada por la crítica como un texto clave de las grandes creaciones de la moderna literatura ecuatoriana. Se ha destacado su aliento épico, su tono de denuncia, el fraseo de letanía bíblica, el ritmo del desplazamiento colectivo y la plasticidad lírica de la palabra que lo cuenta, el carácter de crónica y canto de esperanza; en suma se ha distinguido la voz colectiva de un pueblo que marcha en busca de una tierra de promisión.

Quiero insistir en el oficio de escritura y el profundo saber del corazón humano que este texto evidencia. La primera parte que narra la huida de un réprobo colectivo, presenta al lector cada uno de los personajes que deviene en portador de un drama individual pero, a la vez, en arquetipo humano que condensa las señas de un oficio, de un saber y sus palabras, de una edad, de un lenguaje y un destino. En suma, esta novela narra el drama de un grupo en lucha por la supervivencia y la dignidad humana en medio de un complejo juego de disputas que devela los mecanismos del poder y la institución.

La narrativa de Alicia Yánez evidencia un conjunto de preocupaciones que giran alrededor de la deshumanización del hombre moderno, la condición de la mujer en nuestra sociedad, la fuerza de la tradición y la costumbre como instancias de sujeción, el ímpetu de supervivencia que provoca en la mujer la opción por una vida plena y auténtica, la impotencia femenina frente a una sociedad falocrática y arribista, las taras de la sociedad civilizada dominada por un mundo de valores invertidos, el peso de la palabra oral en la conformación de juicios y valores. Se trata de una literatura que destaca el universo femenino en un esfuerzo por resignificar el lugar de la mujer en el mundo. ¿Qué sig-

5. *Ibid.*, p. 61.

6. Ángel F. Rojas, *El éxodo de Yangana*, Buenos Aires, Losada, 1949.

nifica hacerse mujer entera, absoluta, dueña de sus decisiones y de sus actos? Es la pregunta que parece articular los textos de Yánez Cossío.

La novelística de Alicia Yánez otorga gran importancia a la mujer como personaje que, en diferentes versiones de arquetipos femeninos, problematiza los múltiples roles que la mujer ha debido asumir desde su condición biológica e histórica. Los personajes exponen los deseos e insatisfacciones de mujeres que, ya sea en la realización del arquetipo de madre dolorosa o de mujer fatal y castigadora, enfrentan sus propias vidas en conflicto con un mundo gobernado por un sistema de leyes, normas y costumbres que destruyen la humanidad.

Así, nos conmueven y hacen reír las tías y abuelas de Bruna en la novela *Bruna, soroche y los tíos*,⁷ que —descendientes de una raza desleal a la que todavía le dolía y empequeñecía el mestizaje, con un dolor y un complejo de pecado original— padecían la ausencia del amor, el desmedido afán de moralismo y el peso de un cuerpo martirizado. La abuela india que, luego de clavar unas tijeras en el corazón del hombre blanco que la había despreciado, se ahorcaría con su propio cabello. La irreverente Bruna que, viendo los desórdenes y atropellos en las relaciones de los hombres, abandona la ciudad dormida en una disposición abierta y sincera para la vida. Las matriarcales mujeres Benavides que asumen, unas, el apostolado religioso y, otras, el apostolado cultural. Las muchachas de la *Casa del sano placer*⁸ que practican la prostitución por placer y no por necesidad. Mariana de Jesús⁹ y Dolores Veintimilla de Galindo¹⁰ son mujeres de la historia ecuatoriana que han sido llevadas a la ficción desde nuevas perspectivas: una Mariana de Jesús terriblemente humana que pasó su vida *aprendiendo a morir* en una sociedad que demandaba héroes, penitentes y santos; Dolores Veintimilla en su doble condición de mujer y de poeta.

El mundo en el que estos personajes circulan hace difícil llegar a la plenitud del «ser humano». De allí que la exclusión, la pérdida, el dolor, la insatisfacción puedan convertirse en condiciones desde donde la mujer aprende a independizarse del recuerdo y a rumiar poco a poco un plan auténtico de vida. Ellas asimilan que la llamada nobleza es una superstición; que la vida demanda una disposición de apertura y dignidad, la facultad para amar, el poder de ensoñación, la energía para el acto cotidiano y la capacidad para saber amar el cuerpo propio, porque «Era mentira que la boca había sido hecha para comer o reír. No, la boca había sido hecha para el beso».¹¹

En suma, los textos de Alicia Yánez están escritos, con humor e ironía, desde una mirada desacralizadora que sabe escuchar e incorporar a su escritura el

7. Alicia Yánez, *Bruna, soroche y los tíos*, Quito, Libresa, 1991 [1971].

8. Alicia Yánez, *La casa del sano placer*, Quito, Planeta, 1994 [1989].

9. Alicia Yánez Cossío, *Aprendiendo a morir*, Quito, Planeta, 1997.

10. Alicia Yánez Cossío, *Y amarle pude...*, Quito, Planeta, 2000.

11. Yánez, *Bruna...*, *op. cit.*, p. 239.

lenguaje del cuerpo y las voces de un conglomerado de mujeres en una red de relaciones sociales. De este colectivo unas pocas intuyen que «si se vivía una sola y única vez era necesario sentirse plenamente ser humano, persona, mujer».¹²

Recorrer la historia de la palabra o del giro en el curso de los tiempos, desde los más antiguos hasta el presente, es ciertamente tarea difícil. En este sentido, Carlos Joaquín Córdova Malo¹³ ha realizado una enorme contribución a la lexicografía ecuatoriana con el afán de conocer las peculiaridades del habla regional nuestra. En este terreno lo propio y lo ajeno, lo culto y lo coloquial, arcaísmos y neologismos convergen para evidenciar que en el lenguaje «dar y recibir son signos de aproximación física e histórica de intercambio, competencia y conjunción culturales».¹⁴

¿Para qué sirve la lexicografía? Nuestro lingüista responde, en su valioso *Diccionario de ecuatorianismos*,¹⁵ que esta disciplina toca a lo nuestro, concierne a la intimidad, a la vitalidad de una comunidad lingüística dada. De allí que las palabras recogidas en los diccionarios y estudios realizados por Córdova Malo, están profundamente enraizadas en un cuerpo colectivo que se constituye alrededor de una práctica cultural concreta, de un oficio que inventa y demanda un vocabulario propio para nombrar sus acciones, sus instrumentos, los procesos del trabajo y de la venta, los utensilios, el ritmo temporal que supone momentos de ocio y de trabajo, las comidas, la vestimenta apropiada para dicha práctica, la flora y la fauna que constituyen el paisaje en el que un cierto oficio cobra vida e instituye un colectivo cultural. Por tanto, la palabra alude siempre a un territorio, tiene una condición espacial que la define e instituye un uso y múltiples sentidos.

Así, en su texto *Vocabulario usado en la industria del tejido del sombrero de paja toquilla*,¹⁶ Córdova Malo recoge un conjunto de voces que emplea el cultivador de la paja toquilla, el que trafica en ella y la prepara, los tejedores, el intermediario, el pequeño comerciante, los exportadores e importadores del sombrero de paja ecuatoriano. Estas palabras son propiedad de esa comunidad creadora que, en los avatares de la vida cotidiana, inventan, nombran, usan y consumen las palabras que son su patrimonio. De allí que cada gremio, así como cada generación, disponga de voces particulares y giros propios para su en-

12. *Ibid.*, p. 317.

13. Miembro de número y actual presidente de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española.

14. Carlos Joaquín Córdova Malo, *Un millar de anglicismos*, Cuenca, Universidad del Azuay, 1991.

15. Carlos Joaquín Córdova Malo, *El habla del Ecuador, Diccionario de ecuatorianismos. Contribución a la lexicografía ecuatoriana*, Cuenca, Universidad del Azuay, 1995.

16. Carlos Joaquín Córdova Malo, «Vocabulario de la industria del tejido del sombrero de paja toquilla» en *Revista de Antropología*, (Cuenca), 5, (1974).

tendimiento y contacto. Definitivamente, la lengua, la memoria, el territorio y el sujeto hablante están indisolublemente ligados por la fuerza de la cultura.

*Un millar de anglicismos*¹⁷ es un libro que incorpora y estudia las voces inglesas o de origen inglés que usamos los ecuatorianos en el habla corriente. «La legitimidad del empleo de las palabras no viene forzosamente del registro académico. Este es ciertamente valioso instrumento normativo que corre parejas con la autoridad del uso. El uso es el que da vitalidad y brillo al idioma».¹⁸ De hecho, la manipulación del idioma en las diversas instancias del intercambio humano supone transformaciones y préstamos, recuerdos y olvidos como rasgos significativos de la convivencia intercultural en la que todos estamos involucrados, como resultado de la historia, de las transformaciones comunicativas y de las subjetividades.

Por todo ello, el plan que a sí mismo se traza nuestro lingüista supone respeto a toda palabra leída y escuchada: atención a la etimología, a la palabra literaria, al uso de la palabra considerando factores extralingüísticos de orden social, económico, psicológico, regional, puesto que «un cerco histórico encierra a la presencia y vigor de las palabras, o a su desgaste, debilitamiento y desaparición». Este trabajo definitivamente demanda una gran capacidad de escucha: el dejo, el tono, el acento, el dialecto, el canto son elementos que definen las particularidades del habla de una comunidad. En este sentido, otro trabajo importante realizado por Córdova Malo es *El canto cuencano, una reseña comparativa del habla de Cuenca del Ecuador*.¹⁹ Este estudio, que señala los rasgos más sobresalientes del habla cuencana desde una perspectiva comparativa con las características regionales ecuatorianas, destaca la necesidad de guardar el registro oral actual de los hablantes, para no quedar en el futuro en la orfandad de la huella recordatoria. Nuestro lingüista insiste en la necesidad de considerar las inmigraciones desde un enfoque metalingüístico-antropológico, pues la condición itinerante de las palabras y de los sujetos sociales hacen del lenguaje, así como de las identidades culturales, un proceso en permanente constitución y resignificación.

Por todo lo dicho, sea nuestro reconocimiento y gratitud a estos tres maestros ecuatorianos: Ángel F. Rojas, Alicia Yáñez Cossío y Carlos Joaquín Córdova Malo. ■

17. Carlos Joaquín Córdova Malo, *Un millar de anglicismos*, Cuenca, Universidad del Azuay, 1991.

18. *Ibid.*, p. XIII.

19. Carlos Joaquín Córdova Malo, *El canto cuencano. Reseña comparativa del habla de Cuenca del Ecuador*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1975.